

La Tabla de Ahmad

A. Faizi

La Tabla de Ahmad fue revelada por Bahá'u'lláh en idioma árabe y fue traducida por Shoghi Effendi y él dijo que tiene una potencia muy especial y que las promesas en ella serán cumplidas para cada sincero creyentes que la recite fervorosamente.

Ahmad nació en la ciudad de Yazd. Persia, en el año 1805, de una familia muy noble y rica. Sus padres y sus tíos fueron las autoridades más altas de la ciudad, pero Ahmad a la edad de 14 años demostró una gran inclinación hacia el misticismo y estaba tratando de encontrar nuevos caminos a la verdad. Cuando tenía 15 años, ya había comenzado sus investigaciones durante de las cuales supo de algunas personas que existieron, hombres santos quienes conocieron oraciones especiales que si fueron leídas o repetidas tantas veces de acuerdo con ciertos rituales tendrían la potencia de permitir al suplicante de mirar al semblante del Prometido Qáim (El Mesías).

Sabiendo esto, el fuego de sus crecientes anhelos se encendieron aún más. Empezó a practicar una vida ascética con largas oraciones, días sucesivos de ayuno y apartándose de la gente y del mundo. Sus padres y familiares quienes no aprobaron tales prácticas no le permitieron seguir dentro de ese aislamiento que era opuesto al modo de vivir y a sus ambiciones. Un hombre como Ahmad no pudo tolerar tal oposición porque estaba persiguiendo y esforzándose de todo corazón por alcanzar el deseo de su corazón - reunirse con su Amado Eterno. Por consiguiente, un día al amanecer arregló un pequeño bulto de su ropa y posesiones y bajo el pretexto de ir al baño público salió de la casa de su padre para ponerse en camino en su búsqueda de la Manifestación de Dios.

Vestido como un mendigo, vagó de aldea en aldea, y dondequiera que encontraba algún líder espiritual con gran devoción y rectitud se sentaba a sus pies con la esperanza de encontrar el sendero hacia los mundos misteriosos de la verdad. Sin excepción suplicó siempre a tales personas para darle una oración especial que pudiera ser leída y acercarlo a la corte de su Amado. Cuando alguien recomendaba cualquier práctica, fue tan ferviente en su búsqueda que siempre realizó las instrucciones con una sinceridad absoluta, no importa cuánto tiempo requería - cuán arduas fuesen tales prácticas. Pero todo esto no le sirvió de ningún beneficio espiritual. Perdiendo su esperanza y confianza en tales esfuerzos, siguió su camino hasta la India, un país conocido por sus maestros y ermitaños místicos

quienes tuvieron fama de tener poderes especiales y dones espirituales. Llegó a la ciudad de Bombay y estableció su domicilio allí y seguía buscando a alguien quien pudiera guiarle hacia la corte gloriosa del Prometido. Había oído que si una persona cumplía con una purificación especial del cuerpo, vistiéndose con prendas blancas e inmaculadas y postrándose y repitiendo el siguiente versículo del Corán ("No hay otro Dios sino Dios") doce mil veces (12.000) entonces indudablemente lograría su meta y el deseo de su corazón. No solamente una vez sino varias veces Ahmad se postró para recitar el versículo mencionado arriba (12.000) pero todavía él se encontraba a sí mismo en la oscuridad.

Desilusionado regresó a Persia pero no a su ciudad natal de Yazd. Estableció su residencia en la ciudad de Káshán y trabajó como artesano de fabricar tela, porque era perito en esto. Dentro de poco llegaría a ser un comerciante próspero; pero todavía en el interior de su corazón sintió intranquilidad en su incesante búsqueda del Prometido.

Un Desconocido Señala el Camino.

Fue en Káshán que oyó los rumores acerca de Él Quien, estaba diciendo, era el Prometido Qáim. Incesante en sus esfuerzos y sincero en su búsqueda Ahmad preguntó a muchas personas sobre esto pero nadie pudo darle jamás un indicio de Quien era. Cierta día un viajero desconocido llegó a ésta ciudad y se alojaba en la misma posada de donde Ahmad había establecido su negocio exitoso. Un impulso interior lo atrajo hacia este desconocido señor. Durante su conversación preguntó al viajero sobre el rumor que había ido propalándose. – “¿Por qué me hace ésta pregunta?!”-, respondió el viajero, -“Quisiera saber si es la verdad. Si es la verdad lo aclararé con todos mis esfuerzos.” – El viajero con una sonrisa de triunfo en la cara le dijo que debía irse a Khurásán y allí buscar un famoso sabio llamado Mullá ‘Abdu'l Khaliq quien podía decirle toda la verdad.

Al próximo día Ahmad ya estaba en camino para la provincia de Khurásán. Los dueños de las tiendas cercanas se quedaron muy sorprendidos cuando no encontraron a Ahmad en su trabajo como siempre. – “¿Que ha pasado entre él y el desconocido?”- se preguntaron uno al otro y nadie sabía el motivo de su ausencia. Ahmad atravesó los desiertos y las montañas a pie, con el corazón rebosando de júbilo y anhelos. Cada paso que daba lo hacía sentir más cerca al tiempo cuando todos sus esfuerzos anteriores rendirían los frutos tan deseados por él - la reunión con su Amada como en la búsqueda por llegar a Su Presencia él había hecho todo esfuerzo y sacrificio. Llegó a Mashhad, Khurásán, agotado y tan enfermo que tuvo que guardar cama. Después de dos meses haciendo un esfuerzo para dominar su debilidad, él tenía algo de fuerza y de coraje para poder salir afuera y buscar la puerta de la casa del sabio. Estas son sus propias palabras expresadas a sus amigos

después. – “Cuando llegué a la casa, golpeé a la puerta y el sirviente de la casa vino a abrir. Con la puerta entreabierta me preguntó: ‘¿Que quiere Ud.?’ ‘Tengo que ver a su amo’, contestó. - El sirviente regresó a la casa y el Mullá mismo llegó a la puerta. Entré y quedamos parados cara a cara y le expliqué todo lo que había pasado conmigo. Cuando terminé, de repente, apretó mi brazo diciéndome: ‘No diga tales cosas aquí- - Y me empujó fuera de su casa. Angustiado y absolutamente asombrado, hablé conmigo mismo: - ‘¿Es que ninguno de mis esfuerzos tendrán alguna utilidad?’ - ¿A quién debo volverme? ¿A quién debo volverme? Pero nunca abandonaré a ese señor. Persistiré tanto hasta que abra su corazón y me guiará al sendero recto de Dios. Incumbe a aquellos quienes busquen que deben vaciar la copa amarga de las aflicciones.’ - A la mañana siguiente nuevamente estuve a la puerta de la misma casa. Golpeé aun más fuerte que el día anterior. Esta vez el Mullá mismo vino a la puerta... y en el momento que abrió dije: ‘No voy. No me despido de ti hasta que me digas la verdad.’ - Esta vez él vio mi sinceridad y estaba seguro que yo no fui a su puerta para espiar y causar dificultades para él y sus amigos.”

Le recomendó que Ahmad debiera asistir a las oraciones vespertinas en la mezquita (iglesia musulmana) en donde el mismo Mullá conducía la oración congregacional seguida de un largo sermón. Recibió instrucciones para seguir al Mullá después de finalizando el sermón. A la siguiente noche Ahmad hizo el máximo esfuerzo para encontrarse con el Mullá después de la oración y el sermón pero la muchedumbre alrededor de Mullá lo impidió y no tuvo la mínima oportunidad aún de acercarse a él. Al próximo día cuando los dos se encontraron de nuevo el Mullá instruyó a Ahmad que esa noche debe ir a otra mezquita y allí una tercera persona iba a enseñarle el camino. En conformidad con esto Ahmad estuvo en la mezquita a la puesta del sol y como le fue prometido, después de las oraciones vespertinas una cierta persona le indicó que lo siguiera. Sin vacilación y miedo le siguió. Ahora los tres hombres, incluyendo al Mullá, empezaron a caminar como sombras en la oscuridad de la noche, por callejuelas oscuras y estrechas. Ahmad, un extraño desconocido, nunca pensó en desviarse y huir, sino que daba cada paso con gran resolución y estaba listo para cualquier cosa que pudiera suceder.

Finalmente ellos llegaron a una casa, golpearon a la puerta, suavemente y se abrió enseguida. Entraron deprisa, pasaron por una entrada, llegaron a un pequeño patio, subieron unos pasos de una escalera corta y se encontraron delante de una puerta de una cámara arriba en donde estaba sentado un personaje venerable. El Mullá se acercó a aquel reverencioso personaje y con gran humildad y absoluta reverencia susurró: “Este es el hombre sobre quién he hablado.” E indicó a Ahmad quien estaba parado en el umbral con completo respecto y alta esperanza. –

“Bienvenido. Haga el favor de enterar y tome asiento” - dijo el señor. Ahmad entró y se sentó en el piso. Su anfitrión era nada menos que la persona de Mullá Sadíq (título que significa ‘La Veracidad’) uno de los primeros creyentes durante el Ministerio del Báb y muy distinguido por su erudición su audacia y su firmeza. Durante el Ministerio del Bahá’u’lláh el mismo Mullá Sádiq demostró tal celo y fervor que se le llamó Asdaw (el más veraz) por Bahá’u’lláh.

Encuentro de un Tesoro.

Ahmad, quién había estado andando por 25 años en el valle de la búsqueda y en ningún lugar había encontrado aun una gota de la verdad para saciar su ser, ahora encontró el sendero de la Fuente principal. Con labios resecos y un anhelo insaciable bebió de la perfumada corriente de los Versos de Dios revelados por su nueva Manifestación. Tres sesiones con Mullá Sádiq fueron suficientes para que él abrazara la Fe con toda alma y corazón. Estaba tan exaltado, gozoso y sobre todo entusiasmado que Asdaq le exhortó que regresara a su familia en Káshán e insistió que no mencionara la Fe a su gente ni aun a su propia esposa. Esos días eran de extremo peligro para la Causa naciente de Dios. Los pocos seguidores enrolados entre los pobres del mundo siempre fueron los blancos de muchas atrocidades. Aun la atmósfera misma estaba impregnada de sospechas, y calumnias. Por consiguiente los amigos tuvieron que ser muy cautelosos ya que el mínimo acto incauto y la palabra indiscreta podía encender tal conflagración sin límites consumiendo a los creyentes en sus llamas. Asdaq, sabiendo como Ahmad había sufrido, se dio cuenta de que él no tenía dinero para regresar a su casa, por eso le dio algunos pequeños regalos para su familia y la suma de 3 tumans (US\$1) y de nuevo le aconsejó ser muy cauteloso. Hablando acerca de su regreso a Káshán, Ahmad dijo: “Cuando llegué a Káshán todo el mundo me preguntó cuál fue el motivo de dejar todo tan bruscamente y les dije: - ‘Mi anhelo para ir en peregrinaje era tan grande que no pude resistirlo y tenía razón. ¿Qué otra cosa pudo estimularme de alejarme de mi trabajo, mi casa y mi familia sino que ese anhelo interior? Desde el momento en que oí las palabras del viajero no quedó más paciencia en mí mismo.’”

Resumió su trabajo en Káshán pero tuvo grandes deseos para enseñar la Fe. Algunos rumores circularon de que un cierto señor ha dejado su religión para ser un seguidor de una nueva religión oscura. Su nombre fue Hájí Mirzá Jání y Ahmad lo buscó y cuando los dos se encontraron su alegría y su emoción fueron intensa. Después fueron amigos estrechos, compañeros constantes y ellos fueron los primeros y únicos bábís en esa ciudad.

Un día Hájí Mirzá Jání fue a ver a Ahmad en un estado de gran entusiasmo y agitación de modo que no pudo dominarse y le preguntó: - “Le gustaría ver el semblante de su Señor? - El corazón de Ahmad dio un salto de júbilo y éxtasis. Se levantó de inmediato y preguntó: - “¿Cómo y cuándo?” – Hájí le explicó como él había arreglado con la guardia para poder invitar al Báb como huésped en su casa por dos o tres noches. A la hora citada Ahmad fue a la casa de Hájí. Cuando entró sus ojos vieron un semblante con una belleza tal que sobrepasa la belleza del cielo y de la tierra. Un joven Siyyid (descendiente de Muhammad) estaba sentado con una dulzura, grandeza y majestad que nadie podía evitar de contemplar la luz de Dios en Su semblante. Algunos de los eclesiásticos y dignatarios de la ciudad estuvieron sentados en el piso y los sirvientes estuvieron parados en la puerta.

Uno de los Mullás presentes hizo frente al Báb y dijo: - “Hemos oído que un cierto joven en Shíráz ha hecho la pretensión de ser el Báb. ¿Es cierto?” – “*Sí*”- contestó el Báb. – “¿Y es que Él está revelando versículos, también?”- preguntó el mismo señor. El Báb respondió:- “*Y Nosotros revelamos versículos también*”. - Ahmad dijo después: - “Esta contestación tan clara y valiente fue suficiente para que ellos pudieran encontrar la verdad. Su Semblante tan bello, Sus poderosas Palabras y Su Presencia fueron suficientes para la creencia en Él. Cuando fue ofrecido el té y le dieron una taza al Báb, Él la tomó y llamó al sirviente del mismo Mullá y cortésmente se la dio a él.

Al día siguiente éste humilde sirviente llegó a mí (Ahmad) y deploró con mucha pena la estupidez de su amo. Con una pequeña explicación del rango del Báb el sirviente se enroló en nuestro rebaño de creyentes y nuestro número de bábís llegó a ser tres en ésta ciudad. Este pequeño núcleo empezó a crecer y el número de seguidores aumentó. Los eclesiásticos comenzaron a ponerse encolerizados y utilizaron toda su sagacidad para impedir el flujo de la poderosa corriente de nueva vida espiritual. Instigaron a la muchedumbre tan cruel e ignorante para que ellos saquearan, confiscaran y mataran a todos los que habían aceptado ser llamados bábís. Cada día fueron de casa en casa, con ira, rompieron las puertas y ventanas, después destruyendo el edificio robaron todo el contenido de la casa. En la noche, los cuerpos de los creyentes se encontrarían en las calles y aun esparcidos encima de las montañas y llanos cercanos. Esas aflicciones continuaron y la casa de Ahmad no quedó excluida de ellas. Entonces Ahmad tuvo que esconderse en una torre por 40 días alimentado por lo que sus amigos le traían.

Viaje a la Morada de la Paz.

Encontrando que la vida en Káshán era ahora insoportable y oyendo que la ciudad de Bagdad había llegado a ser el punto de atracción, Ahmad decidió viajar

allí. – ***“Y Dios llama hacia la Morada de la Paz; Él guiará a aquellos que Él Quiere por el Camino Recto”*** (Corán 10:25) - En la oscuridad de la noche Ahmad salió de su escondrijo y subiendo las murallas de la ciudad se puso en camino hacia Bagdad. Fue a pie, lleno de amor, entusiasmo y anhelo para poder ver el semblante de Aquel a Quien Dios Manifestará (Bahá'u'lláh). Mientras caminaba tropezó con otro hombre que iba en la misma dirección. Por miedo de ser molestado de nuevo tratara de no hacer caso del extraño, no hablar con él, pero el hombre persistía en caminar a su lado.

Con gran cautela tratando de no hacer alusión a la Fe - el motivo de su jornada Ahmad acompañado por el viajero finalmente llegaron a destino. Al llegar a Bagdad se separaron y Ahmad partió para buscar la Casa de Bahá'u'lláh. Cuando entró dentro de la Casa, encontró asombrado al mismo viajero que lo había acompañado, entonces comprendió que su amigo era un bábí y que él había viajado para lograr la presencia de la Bendita Belleza.

Una Tabla del Ruiseñor del Paraíso.

Cuando Ahmad conoció a Bahá'u'lláh por vez primera, él era todavía joven y Ahmad se sintió muy conmovido para poder hablar; Bahá'u'lláh lo saludó y con una sonrisa dijo: - ***“Después de llegar a ser bábí él se escondió en una torre.”*** - Bahá'u'lláh le permitió establecer su residencia cerca de Su Casa. Cuando Bahá'u'lláh fue exilado a Turquía Ahmad le suplicó acompañarlo en Su destierro pero Bahá'u'lláh le instruyó para que se quedara en Baghdád y enseñar Su Causa. Unos años después Ahmad salió a pie para visitar a Bahá'u'lláh en Adrianópolis pero en el camino recibió la Tabla de Bahá'u'lláh y luego Ahmad decía que había recibido una Tabla del Ruiseñor del Paraíso y supo así que su Amado deseaba que siguiera enseñando Su Causa. Tenía la misión especial de regresar a Persia y buscar a las familias bábís para darles el nuevo Mensaje de Bahá'u'lláh, el Prometido del Báb. Este es el motivo de porqué hay tantas referencias fuertes al Báb en la Tabla de Ahmad.

Vivió en la provincia de Fars, cuya capital es la ciudad de Shíráz, y estuvo allí durante 25 años. La mano de la Causa, Sr. Faizi, visitó esa provincia y conoció a algunos de los creyentes antiguos quienes hablaron sobre un glorioso personaje que vivió allí y había sido un ángel de protección, guía y merced para ellos y supo que este ser glorioso era Ahmad mismo.

Ahmad fue la personificación de todas las cualidades mencionadas en la Tabla de Ahmad - ***“una llama de fuego”, “un río de vida eterna”*** y ***“sé tan firme en Mi***

amor que tu corazón no vacile aunque las espadas de los enemigos descarguen golpes sobre ti y todos los cielos y la tierra se levanten en tu contra.”

Pasó sus últimos días en Tihran y falleció en el año 1905 a la edad de 100 años. Dio la Tabla a su nieto, Jalál, quién la dio a la Mano de la Causa Janíb-i-Varqá, el hijo y hermano de dos mártires. El Sr. Varqa en 1953 según instrucciones del amado Guardián fue a la Casa de Adoración en Wilmette y durante la dedicación de ésta, trajo la Tabla como regalo para los archivos de los Bahá'ís de los Estados Unidos.

Esta historia de la Tabla de Ahmad nos coloca y nos identifica mucho más sobre que la misma está dotada de un poder especial conferido por Bahá'u'lláh... ***“Por tanto deben aceptarse como tales y ser recitada por los creyentes con absoluta fe y confianza, para que mediante su uso puedan entrar en comunión con Dios, e identificarse en forma más completa con Sus Leyes y preceptos.”***

Bahá'u'lláh

*- Escrito por la Mano de la Causa Sr. A. Faizi y fue titulado “Una Llama de Fuego”.
Publicado en el Bahá'í News de marzo, 1967*

1608. Tabla de Ahmad - la palabra ‘impío’

En el pasaje ‘evita toda asociación con los impíos’, Bahá'u'lláh quiere decir que deberíamos rehuir la compañía de aquellos que no creen en Dios y están descarriados. La palabra ‘impío’ se refiere a tales personas perversas. Las palabras ‘sé como una llama de fuego para mis enemigos y un río de vida eterna para mis amados’ no deberían entenderse en su sentido literal. El consejo de Bahá'u'lláh es que nuevamente deberíamos huir de los enemigos de Dios y buscar asociación con sus amantes.

“La Tabla de Ahmad fue revelada por Bahá'u'lláh para ser leída cuando uno se encuentre en circunstancias excepcionalmente difíciles. Su uso no es obligatorio, y cada persona tiene que decidir para sí misma si desea aprenderla de memoria o no...”

De una carta del abril 14, 1932 escrita de parte de Shoghi Effendi a la Comunidad Bahá'í de Kenosha, Abril 14, 1932.

Libro: Luces de Guía, p. 483.